JOHANSSON, Patrick, *La palabra de los aztecas*. Prólogo de Miguel León-Portilla. México, Editorial Trillas, 1993. 252 p. (Colección "Linterna Mágica").

JOHANSSON, Patrick, *Voces distantes de los aztecas, Estudio sobre la expresión náhuatl prehispánica*, México, Fernández Editores, 1994. 331 p.

Entre las preguntas que nos hacemos hoy en día sobre las consecuencias irreversibles que trajo consigo la conquista, figura, en el ámbito cultural, la reducción de la lengua náhuatl al alfabeto latino realizada en el siglo XVI por los evangelizadores españoles y por los *tlacuiloque* amerindios que escucharon su voz. Más generalmente figuran los problemas que conllevó el paso de la oralidad a la escritura, aun cuando este paso se apoyó sobre la iconografía de los códices. Utilizando las armas más filosas de la semiótica moderna, son análisis novedosos que nos ofrecen los libros de Patrick Johansson, los cuales se sucedieron y que me parecen indisociables. Sus temas se sitúan en el meollo mismo de una interrogación científica que hoy en día se ha vuelto punzante: ¿que nos ha llegado de la expresión "literaria" de los tiempos anteriores a la escritura? Hace algún tiempo el libro de Eric A. Havelock, *La Musa aprende a escribir, reflexiones sobre la oralidad y la literalidad desde la antigüedad hasta el presente*. (Yale, 1986) había analizado en forma brillante el camino recorrido por los griegos, los cuales adaptaron y mejoraron el sistema de escritura de los fenicios para que los aedas y los rapsodas pudieran consignar en la escritura gráfica sus cantos y los frutos de su inspiración. Havelock había tratado de evaluar entonces los trastornos que esta translación había provocado en la sociedad y en la conciencia de la Grecia antigua.

En el caso del México central precolombino y de la enunciación náhuatl, algunos datos más trágicos vienen a complicar el asunto. En efecto, se sabe que las destrucciones operadas por los evangelizadores y conquistadores en los primeros momentos de su victoria, lograron acabar con la mayor parte de los "documentos": códices pictográficos, considerados como libros satánicos, objetos rituales que contenían tantos y tantos significantes culturales, ropajes jeroglíficos, músicas y danzas litúrgicas esencialmente ligadas al acto que produce un texto, etcétera. Más tarde, a partir de 1533, cuando un puñado de evangelizadores franciscanos emprendieron el rescate de lo que podía ser salvado, fue el pasaje a la escritura alfabética y la orientación predeterminada de cuestionarios elaborados por los recopiladores que vino a mutilar definitivamente las

enunciaciones prehispánicas multiformes con vocación “totalizadora”. Patrick Johansson intenta mostrarnos estos mecanismos y analizar la voz de los aztecas en función de dinámicas de enunciación que le son propias. Primeramente discerniendo con precisión los caminos que llevan de la oralidad náhuatl, apoyada en la pictografía de los códices, a la escritura de los tiempos hispánicos; luego marcando bien cuál es la línea que separa el “intérprete” español del “interpretado” náhuatl.

En el primer libro, la parte inicial *Del manuscrito español a la oralidad náhuatl* nos explica este razonamiento, insistiendo muy oportunamente sobre la antinomia estética crucial que separa la expresión cultural náhuatl de los tiempos precolombinos, entre lo que procede de lo dionisiaco y lo que procede de lo apolíneo, según la distinción de Nietzsche. Viene después una segunda parte: *La palabra fuerza de los aztecas* que busca ilustrar con textos lo que era la triangulación expresiva (música rítmica, danza y verbo) propia de la palabra mítica, los cantos épicos, la encantación mágica, el *huehuetlâtollî* o “antigua palabra”, etcétera, fundamentando sus teorías sobre textos como el manuscrito de 1558: *La leyenda de los Soles*, un largo poema de la poetisa *Macuilxóchtîl*, un relato de la llegada de los españoles sacada del libro XII del *Códice Florentino*, o también un canto ritual a Tláloc entre otros tantos, que son analizados y caracterizados con fuerza y pertinencia, según esta nueva visión. La tercera parte de su libro: *La palabra de inversión expresiva de los aztecas*, intenta ilustrar a través de la articulación primordial de *Eros* y *Thanatos* esta palabra de inversión, y se sirve con brillantez de un texto de *cuecuechcuicatl* “canto travieso” con fuertes implicaciones eróticas, analizado en todos sus sentidos posibles. Finalmente las cuarta y quinta partes: *La palabra de neutralización de los Aztecas* y *La palabra lúdica de los Aztecas*, complementan este conjunto de análisis abordando así todas las fases de la expresión náhuatl e intentando un primer balance de lo que, realmente llegó hasta nosotros.

El segundo libro retoma la temática del primero desarrollando aspectos complementarios e insistiendo sobre una cierta “ambientación” de estos mecanismos de translación. Así puso énfasis sobre la labor de los evangelizadores franciscanos interesados en la cultura náhuatl, tales como fray Andrés de Olmos, considerando su formación, sus características espirituales así como sus objetivos. Johansson insistirá después sobre las transposiciones intersemióticas, y consagrará una muy densa segunda parte a la expresión oral de los aztecas, intentando demostrar y analizar con precisión los fundamentos antropológicos de la oralidad náhuatl, así como las

circunstancias prehispánicas que envuelven a esta expresión. El estudio de la sustancia de la expresión oral y de las formas de esta expresión, buscará después reencontrar toda la filiación genérica de la expresión oral náhuatl con esquemas muy evocadores (p. 197-198). Finalmente una tercera parte utilizando fuentes pictográficas, entrevé a la vez la semiótica de la imagen y la retórica de la imagen en dos capítulos muy sugestivos.

Nos encontramos impresionados al leer estas dos obras, por el cuidado que Johansson puso en análisis rigurosos, novedosos, ágiles, muy a menudo atractivos a los cuales no se les reprochará más que tal vez estén expresados a veces en un lenguaje técnico complicado, un poco abstracto para lectores no especializados en la semiótica (pero el autor tuvo la prudencia de añadir en cada una de sus obras un léxico especializado).

El uso de los textos para las demostraciones es de gran calidad, y Patrick Johansson prueba constantemente su excelente dominio de la lengua náhuatl que maneja con una libertad y fluidez envidiables.

Sí, sabemos que la palabra de los *mexicas* no nos llegó más que velada, disminuida, empobrecida. ¿Pero acaso no ha sido este el destino de todas las palabras de la antigüedad o de todas aquellas que nos vienen de tiempos remotos, más o menos salvadas parcialmente, pobremente al precio de esfuerzos eruditos considerables y de trabajos de exégesis temibles? ¿Si me puedo hoy regalar de la *Iliada* y la *Odisea* tales y como nos han llegado por qué renunciar al placer de leer a Nezahualcóyotl o Tecayehuatzin en la forma en que ellos también nos llegaron? En este fin del siglo XX no los puedo leer de diferente manera, ni los unos ni los otros. Patrick Johansson lo sabe muy bien y él mismo ha excelentemente dicho y escrito en náhuatl y en francés que no hay flor sin raíz y que si algunas flores no nos han podido legar más que algunos pétalos secos, a decir verdad brillantes por su belleza y sentido, las raíces siempre están ahí, bajo la tierra madre al acecho del porvenir.

GEORGES BAUDOT

LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, *Tamoanchan y Tlalocan*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, 221 p., ils.

Nos correspondió el privilegio, junto con el doctor José Rubén Romero, de presentar un libro de tema singular y de profundidad analítica, que nos lleva a la difícil pero siempre apasionante búsqueda